

pues de haber llevado él solo á Black-Hastings á la caballeriza, y que venia trayendo de la mano á Adelaida, como si la presentara para testificar la verdad de la grande hazaña de que se alababa.—Saunders, exclamó él, que iba al lado de la cabeza del caballo, no habia tomado ni una vez las bridas en la mano, y Brewer, que estaba á su lado, apenas le sostenia por el hombro. Sir Geoffrey tomó á Julian en brazos para besarle, y cuando le puso por tierra le llamó la condesa y le besó en la frente mirándole con atencion.

— Es un legítimo Peveril, dijo ella, que tiene tambien algunas facciones de los Stanleys, como debia suceder. Primo, es necesario me conceda vm. lo que le pido, y que pasado algun tiempo, despues de arreglado este asunto y de restablecerme en mi isla, me envíe vm. á Julianito, para que sea mi page, el compañero de juegos y condiscípulo de mi hijo Derby. Espero permitirá el Cielo que ambos sean amigos como lo han sido sus padres, y que les dejará ver tiempos mas felices.

— Con el mayor gusto, señora, y doy á vm.

las mas expresivas gracias por la oferta. Hemos visto decaer tantas casas nobles, y hay tantas otras que se han descuidado en la observancia de las reglas antiguas de disciplina para la educacion de los nobles, y que aun las han abandonado, que muchas veces he recelado tener en casa á Julian; y como la mia no ha sido la mas esmerada para que pueda yo formar la suya, hubiera estado muy expuesto á no ser en toda su vida mas que un cazador del condado de Derby. Pero en su casa de vm., señora, y al lado del joven conde su hijo, recibirá toda la educacion que le deseo, y aun mas.

— No habrá entre los dos distincion alguna, primo, dijo la condesa; el hijo de Margarita Stanley será el objeto de mis cuidados tan bien como el mio, puesto que tiene vm. á bien confiármele. Se pone vm. descolorida, Margarita, y veo se le saltan las lágrimas. ¡Qué locura! Lo que pido es mas ventajoso para su hijo que cuanto podia desearle vm. misma; porque la casa de mi padre, el duque de la Tremouille, era la escuela de caballería mas célebre de toda la Francia, y yo no he degenerado; no he per-

mítido en mi casa la menor relajacion de aquella disciplina noble que habituó los jóvenes á dar honor á sus linages. Vm. no puede prometerse las mismas ventajas para Julian , limitando su educacion á la de un gentilhombre campesino.

— Reconozco la grande importancia de este favor, señora, dijo lady Peveril, y debo dar mi consentimiento á una proposicion que nos honra, y mas habiendo merecido aprobacion por parte de sir Geoffrey; pero Julian es hijo unico, y...

— Hijo único, dijo la condesa; pero no el solo de sus hijos. Hace vm. demasiado honor á nuestros amos del sexo masculino, si vm. permite se apodere Julian de todo el afecto materno, y que no quede nada para esta linda criatura.

Al decir esto, puso á Julian por tierra, y en sus rodillas á Adelaida Bridgenorth, acariciándola. A pesar del genio varonil de la condesa, habia tal dulzura en su voz y en la expresion de sus facciones, que la niña se sonrió al instante y correspondió á sus cariños. Esta equivocacion turbó mucho á lady Peveril. Conociendo el genio impetuoso de su marido, su

adhesion á la memoria del difunto conde de Derby, y su veneracion no menor por la viuda del mismo, se inquietó sobre los resultados que podia tener el informe que debia darse de la conducta de Bridgenorth, deseando instruirle por si misma en particular, y despues de haberle preparado para el caso. Mas el error de la condesa precipitó la explicacion.

— Esta niña, señora, no es hija nuestra, respondió sir Geoffrey. Me alegrara lo fuese. Es hija de un vecino nuestro, excelente hombre, y, para decir la verdad, un buen vecino, aunque se dejó arrastrar en estos últimos tiempos fuera del camino recto por un mal Presbiteriano, que toma el dictado de ministro, y á quien espero derribar de su púlpito, dándole un aviso para que tenga cuenta consigo. Ha sido bastante tiempo el gallo, no nos faltarán varas remojadas en vinagre para sacudirle el polvo á su capa de Ginebra. Esto es lo que puedo yo prometer á este tunante cara de cuaresma. Pero con respecto á esta niña bonita, es hija de Bridgenorth, del vecino Bridgenorth de Multrassie-Hall.

— ¡Bridgenorth! repitió la condesa; pensaba yo conocer los nombres de todas las familias respetables del condado de Derby, y de ningún modo me acuerdo de ese Bridgenorth. Pero espere vm. un poco; ¿no había en la comision de secuestros otro del mismo nombre? De cierto no puede ser él.

No dejó de avergonzarse algun tanto Peveril para responder:

— Perdone vm., señora; es precisamente el hombre de quien se trata, y ya puede vm. conocer con cuanta repugnancia llegué á resolverme para recibir buenos oficios de un hombre de tal calaña. Pero si no lo hubiera hecho, no sé como habria puesto yo en salvo la vida de Margarita.

Cuando hablaba él así, la condesa se quitó la niña Adelaida de la falda, y la puso contento sobre la alfombra, aunque al parecer queria estarse como antes, voluntad á la que la soberana de Man sin duda hubiera cedido, si Adelaida hubiese nacido de padres patricios y realistas.

— No culpo á vm., le dijo ella; nadie sabe

hasta donde nos puede hacer bajar la tentacion; y con todo, yo hubiera creído que Peveril del Pico prefiriese habitar en una caverna, antes que deber obligaciones á un regicida.

— Mi vecino vale poco, señora, dijo el caballero, pero sin embargo es mejor de lo que vm. piensa. Es un Presbiteriano, debo convenir en ello, pero no es Independiente\*.

— Es una variacion del mismo monstruo, replicó la condesa. Los primeros ojeaban la caza, y tocaban la corneta; perseguian y amarraban la caza, que los segundos mataban. Entre estas dos sectas prefiero los Independientes. Estos eran á lo menos malvados atrevidos, y si no conocian la compasion, no procuraban cubrirse con una máscara. Pareciendo mas al tigre y menos al cocodrillo. No dudo que el digno personage que ha tomado sobre sí esta mañana el... Paróse al decir esto, se detu-

\* Los presbiterianos considerados como partido político, se hubieran contentado con algunas concesiones del monarca: no pedían con respecto á libertad mas que la de conciencia. Los independientes, eran mas exigentes: nada menos querian que la destruccion de la monarquía; y en punto á religion las admitian todas en sus filas. — ED.

vo ella, porque vió en el rostro de lady Peveril una especie de turbacion y aun desagrado. Soy la mas infeliz de las mugeres, añadió ella; he dicho algo que pueda incomodar á vm., Margarita, y no sé por que. Tengo guerra declarada contra todos los misterios, y entre nosotros no debe haberlos.

— No hay ninguno, señora, respondió lady Peveril con algo de impaciencia; no esperaba mas que la ocasion para informar á mi marido de lo que ha sucedido. El señor Bridgenorth estaba en casa, por desgracia, sir Geoffrey, cuando mi primera entrevista con lady Derby, y creyó de su deber...

— ¿Qué? exclamó el caballero. Siempre ha tenido vm. la costumbre de sufrir usurpaciones de tales gentes.

— Quiero decir únicamente que como la persona... aquel cuya historia me contaba lady Derby, era un hermano de su difunta muger, él la amenazó... aunque yo no pudiese creer hablabá con seriedad...

— ¡La amenazó! ¡amenazar á la condesa de Derby en mi casa! ¡la viuda de mi amigo, la

noble Carlota de Latham-House! ¡Por Dios mi padre! ¡El picaro Cabeza-Moronda me dará razon! ¿Cómo es que mis criados no le han echado de una ventana abajo?

— ¡Ah! sir Geoffrey, vm. se olvida de las obligaciones que le debemos.

— ¡Obligaciones! exclamó el caballero; porque, embebido en una sola idea, pensó que su muger queria dar á entender obligaciones pecuniarias; si le debo algun dinero, ¿no tiene todas las seguridades? ¿Tiene por eso un derecho de venir á dictar leyes y hacer el papel de magistrado en el castillo de Martindale? ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho vm. de él? Quiero... Es preciso absolutamente hablarle yo mismo.

— Sosiéguese vm., sir Geoffrey, dijo la condesa, que vió entonces el motivo de las aparentes aprensiones de su prima, y esté vm. seguro de que no me ha hecho falta ningun caballero para defenderme contra ese descortés *faitour*\*, como le hubiera llamado el autor de la *Muerte*

\* Antigua palabra normanda. Término de desprecio. — Ed.

*de Arturo.* Aseguro á vm. que mi parienta ha hecho con él justicia cumplida, y celebro tanto deber mil libertad enteramente á su valor, que le ordeno á vm., só la fe de leal caballero, no intervengá en una aventura propia de otro.

Lady Peveril, que conocia el genio impaciente y susceptible de su marido, y que se aumentaba su enojo, le contó toda la historia poniéndole á la vista del modo mas sencillo y claro la conducta de Bridgenorth, y los motivos que la produjeron.

— Lo siento, dijo el caballero; le tenia por hombre de mas juicio, y me persuadia de que los felices cambios verificados poco ha, hubieran producido en él un buen efecto. Pero debia vm. haberme informado de todo mucho antes; mi honor no me permite que siga preso en mi casa, porque seria manifestar yo miedo de lo que él pudiese intentar contra la noble condesa residente en mi castillo, ó distante de él veinte millas. Entonces saludó á la condesa, y fué al instante á la sala dorada, dejando á lady Peveril en la mayor inquietud por lo que podia suceder entre dos hombres

de un genio tan fogoso como el de su marido y tan obstinado como el de Bridgenorth. Podia muy bien ahorrarse este cuidado porque no debian encontrarse.

Cuando sir Geoffrey, despues de mandar á Whitaker y sus gentes que se retirasen, entró en la sala, donde no dudaba encontrar al preso, el mayor habia escapado, y era muy facil ver como pudo hacerlo. Tanto lady Peveril como Whitaker, únicas personas que sabian el secreto del tablero corredizo, con la turbación y prisa del caso, no se acordaron de que por allí podria escapar el preso. Es probable que al tiempo de cerrarle la condesa, no tomó todas las precauciones precisas para ocultar el sitio que descubrió Bridgenorth, y que habiendo este conseguido abrirle, habia entrado en el cuarto secreto donde guiaba esta puerta disimulada, y desde donde habia llegado á la poterna del castillo por un pasadizo estrecho formado en lo grueso de las paredes. No habia en esto nada de extraordinario en los castillos antiguos, donde los barones se veian tan expuestos á varios re-

veses de fortuna, que siempre cuidaban proporcionarse los medios de salir en secreto de sus fortalezas, para retirarse á otro lugar más seguro. Habia pruebas para pensar que el mayor habia logrado escaparse así, pues que las puertas del pasillo secreto que iban á la poterna habian quedado abiertas lo mismo que el tablero corredizo de la sala dorada.

Sir Geoffrey fué donde se hallaban las dos señoras con el exterior inquieto. En tanto que habia creido hallar á Bridgenorth, no tenia recelo alguno, porque se reconocia superior á él en fuerza, y en aquella especie de esfuerzo que impele al hombre á meterse en medio de los peligros todos, sin vacilar; pero como habia tantos años que estaba acostumbrado á mirar el poder ó influencia de Bridgenorth como temible, y á pesar del cambio hecho poco antes en la situacion de los negocios públicos, tan naturalmente divisaba todavía en su vecino un amigo poderoso ó un enemigo peligroso, que al ver se habia escapado el mayor, concibió tantos mas temores por la seguridad de la condesa, que no quiso confesár-

selos á sí mismo. La condesa notó la inquietud de Peveril por su semblante, y le preguntó si su permanencia en el castillo podria producirle algun incómodo, exponiéndole á peligros.

—El incómodo seria lo de menos y los peligros igualmente, sucediendo por causa como esta, respondió sir Geoffrey. Mi plan era el pedir á vm. milady honrase con su presencia el castillo de Martindale por algunos días, y hubiera vm. podido estar, sin que nadie pensara donde podia hallarse, hasta que se hubiesen cansado de hacer diligencias. Si hubiera yo encontrado á ese Bridgenorth, no dudo le hubiese forzado á conducirse con reserva; pero se marchó, cuidando de que yo no llegue á echarle la vista encima, y lo que hay de mas malo es que sabe ya el secreto del cuarto del clérigo. Paróse á este tiempo sir Geoffrey y se manifestó turbado.

—¿Con qué no puede vm. ni esconderme ni protegerme? dijo la condesa.

—Perdone vm. milady, respondió el caballero, pero permítaseme proseguir. La verdad es que este hombre tiene muchos amigos entre

los presbiterianos del canton , mas de los que yo quisiera ; si por acaso encuentra al portador del mandato de arresto lanzado contra vm. por el consejo privado , es probable vuelva con fuerza bastante para intentar cumplirle , y dudo podamos reunir con toda prisa un suficiente número de amigos para resistir con esperanza de lograr nuestro deseo.

— No quisiera yo , sir Geoffrey, dijo la condesa, que mis amigos tomaran las armas á nombre mio para oponerse á la ejecucion de una orden del rey.

— Con respecto á eso , milady, replicó Peveril, si gusta el rey de lanzar mandatos contra sus mejores amigos, debe contar con que se le hará resistencia. Pero lo mejor que se puede hacer, en mi concepto, en tales circunstancias, aunque nó se conforme mi proposicion con lo prescrito por la hospitalidad, es que monte vm. á caballo luego, luego, si no está demasiado cansada, y que vaya yo escoltándola con algunos valientes que llevarán á vm. á Vale-Real con seguridad, aun cuando el She-

riff\*, con toda su cuadrilla, quisiera disputarnos el paso.

Pareció bien este dictamen á la condesa de Derby. Dijo que habia pasado muy bien la noche anterior en el cuarto secreto donde la llevó Ellesmere; y que estaba pronta para emprender el viage, ó volver á continuar la huída; porque no sabia cual de estas dos expresiones debia aplicar en este caso.

Lady Peveril lloraba viendo la necesidad en que se hallaba su amiga y protectora de su infancia de huir á toda prisa de su casa, en un tiempo en que la adversidad parecia oscurecerle el horizonte ; pero el cuidado que debia tomarse por la seguridad de la condesa no le dejaba mas alternativa. Se puede tambien decir que á pesar de toda la aficion que tenia por esta señora, no podia sentir mucho su pronta partida, si consideraba los inconvenientes y aun peligros que podria ocasionar en tal tiempo y circunstancias á un hombre tan intrépido y fogoso como sir Geoffrey Peveril. En tanto

\* Magistrado que cuida de la ejecucion de las leyes en cada condado de Inglaterra.

que lady Peveril tomaba las medidas que permitian el tiempo y coyunturas, para que pudiera la condesa ponerse en camino, su marido, cuyo entusiasmo siempre iba en aumento al presentarse una accion, daba órdenes á Whitaker de reunir lo mas pronto posible algunos valientes determinados, y armados de todas armas. —Toma mis dos lacayos, dijo él, Lance-Outram, Saunders, el palafrenero, Roger Raine y su hijo; pero encarga bien á Roger que no beba mucho antes de partir. Tú serás uno de tantos, bien entendido, y no será malo vayas á decir al joven Dick Wildblood que venga con tres ó cuatro de los suyos. Seremos bastantes para oponernos á las fuerzas que podrán ellos reunir. Todas esas gentes tienen buenos brazos que darán buenos golpes, sin preguntar el por que, tienen mejores brazos que lenguas, y sus bocas se hicieron mas bien para beber que para hablar.

Whitaker sabiendo el motivo de tal alarma preguntó si llamaria tambien á Sir Jasper Cranbourne.

— No le digas nada, ¡por vida tuya! exclamó

mó el caballero. Tal vez resultará de todo esto confiscaciones, multas y no quiero yo exponer mas bienes que los míos. Sir Jasper ha sufrido por bastantes años, y si en mí consiste pasará el resto de sus dias en paz.

